

MUERE UNA BAILARINA UNIVERSAL

# La danza española pierde a Mariemma

La danzarina, coreógrafa y profesora vallisoletana fallece a los 91 años, después de haber pasado tres en estado de coma, y deja decenas de obras y un tratado sobre el baile

EL NORTE VALLADOLID

Hubo un tiempo en el que la danza y la música española florecían en París y en América antes que entre sus raíces. La necesidad quiso que una niña de dos años nacida en Íscar creciera en la capital gala, que allí aprendiera de Francisco Miralles e Isadora Duncan, que debutara en el Teatro Olympia –como hiciera tiempo atrás su paisano Vicente Escudero– y que la II Guerra Mundial la devolviera a España convertida en metro y medio de gracia y una cabeza que ordenaba movimientos para sí y todo un coro de bailarines. Era Guillermina Martínez Cabrejas quien retornó como Mariemma en 1940. Ayer la danzarina española más universal del siglo XX moría a los 91 años.

Guillermina le sonaba a «tienda de flores o chocolate» así que primero fue Emma y luego Mariemma, eco de la compañía que formó con su hermana María. Comenzó pronto a bailar y a figurar como la solista infantil del Teatro Le Chatelet de París. Miralles la introduce en la Escuela Bolera –considerada como la verdadera danza clásica española– y Amalia Cuenca en el flamenco. Son años de ejercicio con la castañuelas, de taconeo evocador de la patria y de aprendizaje de la danza contemporánea que se estrena en las capitales europeas. Falla, Turina, Albéniz y Granados suenan en la cabeza de esta vallisoletana quien en 1936 crea su primera coreografía, 'El amor brujo', de Manuel de Falla.

En 1940 la ocupación alemana la obliga a cambiar la cosmopolita capital gala por la villa de Íscar. La triste posguerra la confina en un desván donde idea varias coreografías y no deja descansar a sus juanetes, «mis don juanes». Tres años después retoma las



Mariemma, en uno de sus clásicos movimientos de danza estilizada. / EL NORTE

tablas nacionales en el Teatro Español de Madrid. Un año después conocerá a su verdadera pareja artística, el pianista Enrique Luzuriaga, quien la acompañará por todo el mundo durante cuatro décadas. La primera, dominada por los recitales en solitario por Europa y América.

Bailarina y coreógrafa, la de Íscar llenaba cuadernos recopilatorios de lo que era cada paso, de su origen, de su tiempo y su música, de la posición de manos y pies. Era el germen de otra de sus pasiones, la recuperación del folclore nacional, ese que llevó por todo el mundo equiparándolo con la gloria del ballet clásico, de las escuelas francesas o rusas.

## Interpretar, dignificar

En 1950 recibe el Premio Nacional de Danza y en 1952 la Medalla de Oro del Círculo de Bellas Artes. Tres años más tarde se lanza a crear su compañía propia, Mariemma Ballet de España. Sus fandangos son paseados desde Bangkok a Bruselas. Y en 1960 crea su escuela de danza, que protagonizará un ciclo de actuaciones en TVE. En la década de los sesenta es requerida desde Washington, para homenajear a Falla, también desde Salzburgo, en cuyo festival estrenó con Herbert von Karajan la ópera 'Carmen', en 1966. Coreografías de 'El amor brujo' o 'La vida breve', ambas de Falla, son bailadas por su compañía en los principales teatros europeos y americanos, japoneses y hasta iraníes, en las celebraciones de coronación del Sha de Persia.

En 1969 es nombrada directora de la Real Escuela Superior de Arte Dramático y Danza de Madrid, de la que posteriormente será catedrática y en la que estudiarán varias de las figuras que representan hoy la danza PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE ►►

ANÁLISIS

## UN CAMELLO PARA QUE SU HIJA LA VIERA

Habitualmente no es difícil escribir un panegírico de un artista. Con rapidez se encuentran motivos suficientes para destacar su personalidad, su sentido de la estética, su influencia, su capacidad para convertir la vida en Arte... En varias ocasiones y en este mismo periódico tuve la oportunidad de alabar los méritos y la carrera de Mariemma, la gran bailarina que iluminó, con sus geniales interpretaciones y su magisterio, un importante período de la escena del pasado siglo. No es tan sencillo, sin embargo, hacer un elogio

fúnebre en la hora de su fallecimiento. A quien no tuvo la oportunidad de verla en el escenario, le faltará una referencia crucial cuya carencia apenas podrán paliar las pocas películas que se rodaron sobre algunas coreografías suyas. A quien no haya asistido a sus clases será muy complicado explicarle el valor de su sistema de enseñanza que incluía el ballet clásico, la danza bolera, el flamenco o algunos bailes étnicos dentro del aprendizaje básico. Quien no conozca la importancia que tuvo el baile español en Europa en el siglo XIX (París,

Copenhague, Moscú) tendrá dificultades en relacionar su concepto de la danza con el que difundieron Bournonville o Petipas con magníficos montajes en los que España, sus costumbres, sus tópicos, su historia estaban muy a menudo presentes. A quien, finalmente, no tenga edad para haber conocido a Mariemma en su esplendor, probablemente le resultarán exageradas todas estas palabras que, sin embargo, nunca habrán sonado más necesarias y justas. Como artista alcanzó la mayor fama que se podía obtener en una época en que los medios

de comunicación tardaban en transmitir los éxitos; como profesora consiguió crear una escuela en la que la disciplina y la preparación eran el mejor aval y el más valioso certificado. Como persona, practicó ese complicado ejercicio de combinar su estatus de diva con un sentido del humor aldeano y socarrón en el que iba encerrada toda una sabiduría de siglos. Aún recuerdo la anécdota que le sucedió con su madre –y que ella narraba con muchísimo gracejo– a quien tenía que buscar en la playa principal de una conocida ciudad del nor-

te de España. Como la madre (que era tan cómica como ella) veía que la hija se retrasaba y la playa empezaba a llenarse de gente, alquiló un animal –no sabría precisar si un camello o un elefante– de un circo cercano, para que su hija lo tuviera más fácil cuando llegara a buscarla: «Hija, tardabas tanto...», se excusó cuando Mariemma le recriminó que estuviese dando un espectáculo gratuito. Se me antoja que le haya dicho lo mismo cuando ayer, hacia las seis de la mañana, fue a encontrarse con su madre sobre el cielo de Íscar.

JOAQUÍN  
DÍAZ